

nedores de la guerra, cual yo la he mantenido, no consentirán los aplaste la turba de asesinos predominante hoy sobre las autoridades de París. Lejos estoy de imputar á todos los convencionales, ni á los más siquiera, las culpas de los menos. Entregada esa corporación al imperio de las tribunas, éstas reinan, abrumando bajo el peso de sus amenazas una minoría insignificante á toda la mayoría. Tal situación extraña no puede durar un minuto. Los ejércitos, fieles á la honra nacional, y observantes de la vieja disciplina, están apercebidos á no tolerar la tiranía de dentro, ya que han derrotado la tiranía de fuera. Vuestros comisarios me conjuran para que me persone en su presencia; no iré. Aprecio demasiado mi cabeza, y no pienso entregarla de ningún modo á un tribunal arbitrario. Vivo, sólo tiene derecho á juzgarme la nación; muerto, la Historia.» Ante seguridad tamaña, dicha con este aire de soberbia suficiencia, la Convención se alarmó, creyendo las tropas de su mando en cuerpo y alma con Dumouriez, dispuesto á llegar hasta París y con todos los medios de aplastar la revolución en su camino. Un escalofrío terrible sacudió los nervios de la Convención. Pero, con aquellos arrestos suyos, los cuales pasan por ejemplos de temeridad en la Historia, mandó á Dumouriez comparecer ante la barra y encargó al ministro de la Guerra el cumplimiento y ejecución de tal decreto.

Bournonville, ministro de la Guerra; político muy republicano y muy conciliador; militar en quien los rigores de la disciplina tradicional no empecían á la espontaneidad en sus creencias y al culto profundísimo por la República y por la libertad, contaba con un título muy valedero en este amargo trance de su vida; una grande amistad al General, en quien despreciaba las aptitudes políticas; pero en quien apreciaba por todo extremo las aptitudes militares. Y corrió á su presencia. Cuatro comisarios le acompañan de los más selectos que pudo hallar á mano la Convención, cuatro, entre quienes resaltaba por su inteligencia clara y por su carácter entero el jansenista Camus, quien había desempeñado embajadas tan difíciles como ésta con una gran felicidad. El día primero de Abril por la noche ya estaban los emisarios en el campamento y cuartel general de Dumouriez. Como todos aquellos cargados de remordimientos, el traidor desplegaba fuerzas enormes para contener á cuatro diputados inermes. Su alojamiento parecía una fortaleza inexpugnable, según lo crecido de guarnición y lo numeroso de sus centinelas. Un regimiento de húsares, formado en orden de batalla, y con su armamento requerido y dispuesto para un golpe, ocupaba el patio. A cada escalón conducente al piso principal armas y armados. En el salón de recibo un estado mayor numeroso y formidable. Con tal seguridad en sus espaldas, el general á todo se arriesga; y tomando sus aires más escandalosos de botarate, dícele á Camus con burlona sonrisa rayana en sarcasmo insufrible si ha ido allí mandado para prenderle. E involuntariamente señalaba la fuerza que le circuía. Camus responde con toda calma sacando del bolsillo las órdenes convencionales y apercibiéndose á leerlas. El ministro, deseoso de hallar una salida honrosa, dispone que vayan general y comisarios á una sala vecina, cuyas puertas

quedan francas con el fin y objeto de que pudieran enterarse los oficiales del general de todo cuanto pasaba y oír todo cuanto aquellos interlocutores decían. A esta nueva colocación de los personajes, subsiguió rápido é intencionado coloquio, que cualquier autor dramático podía tomar para una escena de drama. Los representantes de la legalidad, inermes, hablaban con imperio; el representante de la rebelión, aunque circuido por tan buenos subordinados, hablaba con balbuceo: que la conciencia se asomó sin permiso á los labios en estos instantes supremos. Una intimación de obediencia seca y fría, fórmula de matemática impuesta por un ingenio á una máquina, queda notificada con majestad al rebelde para que la reciba y la cumpla. «Queréis llevarme á París, exclama Dumouriez; yo no quiero ir para que me arrastren mis enemigos en la ruta y me arrastren al tribunal revolucionario.» Un delegado le fia la seguridad completa de llegar á París en salvo. «Que se lo cuenten los convencionales á su abuela, esos convencionales aun sometidos á los furores de Marat y temblorosos bajo sus amenazas. Pero, con esto y con todo ¿quién respondería en mi ausencia de mi ejército?» «Yo respondo, exclamó el Ministro con toda entereza, y os reemplazo.» Dumouriez perdió la cabeza y tuvo un vértigo al ver existía un general, y un general amigo suyo, capaz de imaginarse muy apto para reemplazarlo al frente de unas tropas, las cuales creía él ser su creación y su hechura. «Venis aquí, dice colorado como un pavo, á soplarme la dama, es decir, á llevaros mi autoridad militar.» «Dejemos estos incidentes y vamos á lo esencialísimo, exclamó con natural sangre fría Camus ¿queréis ó no queréis obedecer á la Convención?» «¡Ah! No puedo,» respondió Dumouriez. Parecía que la tragedia se desenlazaba. Sin embargo, fuera por irresolución de todos, ninguno se atrevió á tomar una resolución definitiva. Camus se inclinó ligeramente, y añadió con serenidad, como si nada sucediese, que debía dar cuenta de lo pasado á la Convención. Quedáronse Ministro y General á solas, como dos buenos amigos, en medio de unos instantes y de unos sucesos, los cuales parecían traer aparejada consigo alguna transacción.

El general y el ministro de la república francesa quedaron enteramente solos. Un público refrena siempre los afectos particulares é impone su criterio colectivo al criterio individual. En presencia de tal cúmulo de gentes como habían presenciado la oficial entrevista y la oficial conversación, Dumouriez apareció un verdadero general, mientras Bournonville un verdadero ministro. Pero, en cuanto los espectadores desaparecieron, el hombre privado surgió en cada cual de aquellos interlocutores, sobreponiéndose al hombre público. Los dos tenían motivos y razones para tratarse mutuamente así; camaradas antiguos de colegio y de campamento, donde, por ley natural, ejercen las grandes amistades plena soberanía, Bournonville admiraba mucho el genio de Dumouriez, mientras Dumouriez mucho estimaba el carácter de Bournonville. Cosa frecuente admirar en los demás las cualidades y las virtudes y los talentos de que carecemos nosotros. Mas, á

pesar de la estimación profunda en que tenía el general á Bournonville, le propuso una indignidad, proponiéndole se pasase á sus filas y secundara sus planes. «Viniéndoos conmigo estaréis libre y seguro, á salvo por completo de las acusaciones con que nos persigue á todos el tigre Marat.» «Dejadme, general, respondió el ministro, morir con honor en mi puesto.» Dumouriez insistió en sus seducciones, en sus resistencias Bournonville. «¡Qué situación la mía tan horrible, dijo éste con pena en el transcurso de aquella conversación trágica; sacrificaréme con honor en aras de mi patria, y nunca la traicionaré! Y bajo esta resolución irrevocable mía, veo que habéis tomado, mi general, ¡ay! la resolución opuesta y contraria. Vuestro acto será un acto de verdadera desesperación. Antes que lo perpetréis, dadme una palabra y hacedme un favor: el tratarme, cuando lleguéis al trance último y supremo, como tratéis á los demás comisionados generales.» «Contad, le dijo Dumouriez, con que no haré á favor vuestro ninguna excepción.» Concluido este diálogo entraron en el salón, donde se hallaban reunidos los oficiales. Conociendo poco el espíritu de sus tropas, creía el Estado Mayor General aquél dispuestos los soldados de suyo á seguir al general hasta dentro del infierno. Y vociferaban y gesticulaban, y hacían todo cuanto el coro suele hacer en las tragedias, atribuyéndose como propios los pensamientos del protagonista. En medio de tal aquelarre aparecen los comisionados. Sea cualquiera la personificación de soberanía que se presente á un público, siempre sugiere cierto respeto hasta en los inquietos rebelados contra ella. Así, á la presencia de los que representaban la comisión, siguió un profundo silencio y un recogimiento verdadero. Dumouriez y sólo Dumouriez se presentaba cínico é insolentísimo ante aquella majestad en plena soberanía y efectivo ejercicio. Apoyado sobre el mármol de una chimenea; cruzadas las piernas como si fuese á comenzar un baile; jugando con los dijes y colgajos pendientes de su pecho; miraba á los convencionales como puede mirar el gato al ratón que no tiene salida y escape de sus uñas. El estoico y frío Camus dirige última y suprema intimación al General. Este levanta los hombros con aire de Figaro en el *Barbero* de Beaumarchais. El desacato indigna con profunda indignación al austero convencional, quien hace un gesto de profundo menosprecio y tiene un momento de asco. Dumouriez, vistos aquellos ademanes, pierde la cabeza, y echa por el atajo. Pero no hizo esta evolución meditada y reflexiva con tanta rapidez que le faltase tiempo á Camus para decir: «quedais destituido y quedarán sellados todos vuestros papeles.» Conmovido el condenado, como si le picase una víbora, dió espantoso grito diciendo concluía la farsa y mandando se presentasen los húsares. Apercebidos y preparados ya estos esbirros del General á la infamia prescrita, prenden á los convencionales y al Ministro. La decisión, por lo menos, el modo de cumplirla y ejecutarla cayó en asquerosa porquería. Los rigores del hecho pedían atenuantes en los rigores de la forma. Nada le hubiese costado á Dumouriez, ya presos y en su poder los convencionales, tratarlos con alguna consideración, tanto más cuanto que representaban

ellos al poder público, la disciplina militar, las leyes vigentes y él representaba una rebeldía sin precedentes generada por una traición sin ejemplo. Fría la noche, húmedo el suelo, encierra sus jueces el desalmado en obscuro subterráneo, sin abrigo ni fuego ninguno, cuando caía una helada terrible, agobiándolos, no sólo con el peso abrumador de las degracias presentes, con el amago y amenaza de futuras enfermedades.

Para colmo de infamia, realizado el crimen, Dumouriez, en quien se había extinguido por completo la conciencia, coge la pluma y escribe al general de los austriacos estas horrorosas palabras: «Ahí os mando cuatro convencionales, venidos por encargo de la tiránica Convención para prenderme y llevarme á su barra. Su intención era indudablemente asesinarme al entrar en París. Enviadlos al Príncipe de Coburgo y decidle que los retenga en rehenes, con lo cual quizás evite muchos crímenes. Marcho mañana con mi ejército á la capital, seguro de concluir aquella horrible anarquía. Cuento, según se me ha prometido, con la tregua más perfecta de vuestra parte, durante la expedición ahora comenzada, y en caso necesario, con el auxilio y socorro de vuestro ejército para conseguir el castigo de tanto perturbador como en Francia pulula; devolver el orden al desordenado reino; y alcanzar el reposo y la paz de Europa, hoy perturbada por criminales sin número y crímenes sin nombre.» Concluida la carta, fué dada la orden de conducir al ejército austriaco los augustos é inermes prisioneros. Bournonville quiso resistir á la fatalidad y luchó con sus fuerzas personales contra tan horrible colectiva violencia. Nada le valió su valor. El número dió cuenta del heroísmo. Herido y acibillado en su cuerpo lo metieron dentro del coche y lo trataron como una res que se resiste al cuchillo. En este momento el traidor á Francia se creía dueño de Francia: En pocos minutos acababa de apresarse los convencionales sin que nadie chistase. A la mayor brevedad creía estar en presencia de París y asediado y rendirlo. Para él aquella Convención y aquellos convencionales mostraban un valor tan excesivo y un poder tan omnímodo, porque creían tener seguras las espaldas por las bayonetas del ejército. Pero, en cuanto el ejército se pasase del desorden revolucionario al orden impuesto por su idolatrado general, nadie le resistiría, y los sublimes legisladores caerían por el suelo como ridículos polichinelas que han terminado y concluido su función. Así no descansó un punto para poner por obra este loco ensueño. Sus manos escribieron todas las instrucciones y redactaron todas las proclamas. Dirigidas las más al ejército, mostraba en ellas creer á los soldados tan dispuestos en favor de su general como pudieran estar hijos amanes en favor de su padre. «Mil veces, decía, he salvado la patria. Y cuento, soldados, con que no permitiréis os arrebatan un jefe, cuyas órdenes os han llevado á la victoria. Sonó la hora de que patentice y diga su voto el ejército. Recobremos una Constitución, que habíamos jurado y mantenido tres años, la cual nos granjeaba una completa libertad.» Dumouriez contaba con la tropa y no tenía motivo alguno para contar con ella. Cuando quiso poner mano sobre Valen-

ciennes, el general Herrant, muy su amigo, colocado en la triste alternativa de optar entre sus deberes militares y sus afectos amistosos, recordó sus deberes militares y preservó la plaza del atrevido golpe. Igual escena sucedió en Lila. Dumouriez no tenía plazas de la frontera que ofrecer á la voracidad alemana. Pero creía tener el ejército, y el ejército completo, y el ejército fiel. No sabía las hondas transformaciones que la revolución llevara en su magnífico estallido al soldado. No sabía cómo la idea de patria junta con la idea de libertad penetraba dentro del corazón de aquellos gusanillos y los trocaba en águilas de guerra y de combate. Cada voluntario se creía un ciudadano y cada ciudadano llevaba impresa en el pecho la imagen de su patria como pueda llevar cada devoto la imagen de su Virgen. En esto consistió el error de Dumouriez. Como Luis XVI no creía en el cambio de las ideas monárquicas, no creía Dumouriez en el cambio de las ideas militares. A Luis le costó tal error la vida y á Dumouriez le costó tal error la honra.

Así por todas partes surgían innumerables resistencias. Notificados muchos cuerpos de las proclamas, en que pretendía Dumouriez justificar su rebelión, ó las ocultaban, ó solían añadirles una contra-proclama recordando al ejército con prodigalidad sus deberes para con la República y para con la patria. No tuvo más remedio en tan inesperada resistencia que echar al agua el cuerpo y atraer por el influjo de su persona los que forcejeaban bajo el influjo de su idea. El dos de Abril, á las dos de la tarde, se presenta muy engallado y orgulloso en el campo de Bruille. Dios, que le negara tantas virtudes, le concedió la virtud eficaz de penetrar con su ardiente frase hasta el corazón de su tropa. Tenía la elocuencia concisa, que tanto semeja la elocuencia del general á sus voces y á sus órdenes de mando. Así les dirige la palabra y le responden á una con aclamaciones, viendo en él únicamente la imagen viva de sus antiguos triunfos. Estas aclamaciones al general trabucólas el cuidado y las tomó por homenajes al político. Cobró, pues, fuerzas y recobró la nativa confianza en la estrella interior de su genio y en la estrella exterior de su horóscopo. Así la noche siguiente cenó en orgía con todos sus catilinarios compañeros. La pedante madame Genlis cortaba por donde la parecía, recordando á Fulvia en las guerras civiles y en las revoluciones interiores de Roma. Como los caballeros destinados á una derrota vil, en la víspera de Farsalia se repartían los cargos de la Ciudad Eterna, estos desalmados orleanistas se repartían los brillantes de la corona francesa, que creían reforjada y refundida por el yunque y el martillo de Dumouriez. Cada cual de aquellos conjurados pensaba disuadir á los recalcitrantes de la fidelidad republicana y mover los tímidos al combate por la escandalosa reacción. Madame Genlis se creía en las Tullerías y creía en el trono á su ahijado, Luis Felipe. Al día siguiente aparece ya el traidor en plena traición. Su persona se mezcla con las personas de los soldados, y sin mirar la diferencia de dignidades y categorías, á uno le aprieta la mano, les dirige promesas seductoras á otro, adula sin reservas á todos. Los soldados de línea saludan á una con gritos entusiastas al vencedor

de Valmy. Pero los voluntarios le miran de reojo, le vuelven la cabeza cuando no pueden resistir el imperio de su mirada, le murmuran, y se prometen descerrajarle un tiro si perpetra y consuma la traición. El batallón de Saona y Loira manda en aquella misma noche al cuartel general unos emisarios con esta fórmula: ó la República, ó la muerte. Dumouriez arresta los enviados, remitiéndolos al ejército austriaco para que los guarden como valiosos rehenes contra la revolución. Y entretanto, los defensores del principio revolucionario no se duermen sobre las pajas. Dampierre; devoto de la Convención, recibe y acepta el mando de las tropas fieles. «Soldados, dice, ya sabéis las órdenes del Parlamento. De su autoridad y de su poder provienen todas las autoridades y todos los poderes. A la Convención y sólo á la Convención debemos fidelidad y obediencia.» Desde la hora y punto en que Dumouriez no había podido arrastrar todo el ejército, hallábase roto y destrozado.

El General pagaba su culpa capitalísima: no creer en las ideas. Crecido entre palaciegas intrigas; destinado á oficio de tales embustes y fingimientos como la policía diplomática; muy habituado á ver en las cámaras y en las camarillas moverse las moles mayores merced á los resortes y á los impulsos más baladíes; consideraba los campamentos como si fueran salones; los voluntarios de la libertad como si fueran domésticos de las Monarquías; los pueblos, que no caben dentro de las redes urdidas por las conjuras, como si fuesen reyes accesibles á cualquier imposición ó amenaza; las Cámaras nacionales como si fueran camarillas; la revolución como un movimiento producido por cuatro soldados y un cabo que cuatro soldados suyos podían detener para siempre y refrenar en absoluto. Al oficio de cortesano y conspirador unía el genio militar de un verdadero general en jefe destinado por su horóscopo al combate heroico y al triunfo inmarcesible. Cuando tales aptitudes nativas, producto de propensiones providenciales, á todo en él se sobreponían, el pensamiento interno tomaba en su conciencia colosales proporciones y el carácter psíquico en su voluntad una incontrastable fuerza moral. Mas, por una desgracia lamentable, conducíale al mismo fin y objeto el camino de sus vicios y de sus errores que el camino de sus inspiraciones y de sus aciertos. No se había enterado de cómo la revolución transformara los ejércitos. Creía las voces de mando con iguales resonancias é igual poder que allá en los tiempos del antiguo régimen, y no sabiendo la diferencia entre los siervos y los ciudadanos, medía todos los milites de aquende y allende del año ochenta y nueve por el mismo rasero, y los consideraba con la fidelidad canina de los serviles suizos que guardaban las dinastías antiguas, con la obediencia pasiva de las huestes feudales que dejaban tras sí el surco y la horca, testimonios de su rebajamiento, y se creía él mismo, ya un general de arqueológico carácter absolutista con visos de verdadero déspota; ya un general de condotieros que llevaba sus gentes donde le placía con tal de pagarles bien su estipendiada carrera y remitirlos como premios de sus hazañosas fechorías al robo, al